

supuso para el arte un impulso vital que le sirvió para evolucionar y renovarse.

El primitivismo se deriva de la interpretación que lleva a cabo el artista al observar otro lenguaje pictórico. Puede tratarse de una interpretación intuitiva o meditada, acerca del sentido o de la forma de la obra de arte; pero lo importante es que le sirve para reinterpretar su propia tradición artística. Esta es la razón por la que Gombrich insiste en distinguir entre “el interés del anticuario y la apreciación estética”. Y es debido a esta fuerza creativa que el papel de lo primitivo en el arte es un factor fundamental de la existencia del campo mismo del arte. En este punto, el planteamiento de Gombrich es que la preferencia por lo primitivo en la historia del arte Occidental tiene su origen en la capacidad del gusto para cansarse de lo placentero. Es decir, la capacidad del gusto para decir –cito a Gombrich– “ya está bien de eso”. Desde este punto de vista el arte es cuestión de ritmo, esa ley universal del gusto que es a la vez fuente agotable e inagotable de placer (el planteamiento lo toma una vez más de Cicerón).

Ernst H. Gombrich (1909-2001), nació en una sofisticada familia vienesa de músicos de origen judío. Tras la invasión Nazi de Austria se exilió en el Reino Unido, en donde fue director del Instituto Warburg desde 1959, y profesor de las Universidades de Londres, Oxford y Cambridge hasta 1976. Inspirado por los planteamientos del Círculo de Viena (sobre todo por su amigo Karl Popper) y por sus conocimientos de música; sus ideas sobre la psicología y la historia del arte se han mantenido en el centro del debate académico durante medio siglo. Algunas de sus obras más conocidas son *La historia del arte* (1949), *Arte e Ilusión* (1960), *Meditaciones sobre un caballo de madera y otros ensayos* (1963), *El legado de Apolos: estudios sobre el arte del renacimiento* (1976), *El sentido del orden: estudio sobre la psicología de las artes decorativas* (1979), *La imagen y el ojo: nuevos estudios sobre la psicología de la representación pictórica* (1982), *Reflexiones sobre la historia del arte* (1987), *Gombrich esencial* (1996), *Los usos de las imágenes: estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual* (1998) y *Breve historia del mundo* (2001).

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

Langlois, Charles V. y Seignobos, Charles, *Introducción a los estudios históricos*, edición de Francisco Sevillano Calero y traducción de Jaime Lorenzo Miralles, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003. ISBN: 8479087501. 325 pp.

Estudio introductorio, p. 9; Advertencia, p. 43; Libro I. Preliminares, p. 57; Libro II. Análisis, p. 93; Libro III. Síntesis, p. 213; Conclusión, p. 297. Apéndices, p. 303.

Hacia noventa años que este clásico de la escuela metódica francesa se había traducido en España (Madrid, Jorro, 1913) y desde entonces su trayectoria ha fluctuado entre el éxito y la devoción a sus planteamientos y el más agudo desdén hacia esas mismas propuestas. De alguna manera, la

[MyC, 7, 2004, 325-395]

historia de este libro, editado en Francia en 1898 (y reeditado en 1992), es la historia de las tendencias en la historiografía europea (occidental) del último siglo. Tal vez la pregunta sea por qué volver al ejemplo más connotado de un modelo aparentemente caduco de hacer historia. Se me ocurren algunas razones para ello: por un lado, la necesidad de trazar la genealogía de los esfuerzos previos, crear un canon historiográfico en el que señalar los hitos del progreso en la disciplina, en definitiva y, en línea con el afán conmemorativo que nos sacude desde los años ochenta, destacar lo más significativo de nuestra propia tradición de conocimiento, bucear en los orígenes de la disciplina para lanzar hitos; por otro lado, mostrar anti-modelos, los pasos en falso que, desde nuestro presente, marcan también el desarrollo de la Historia; también identificar las cuestiones que salen al paso del historiador una y otra vez, indiferentes a la forma de abordarlas; tal vez, en último término, tratar de convencer a una sociedad poco dada al recuerdo, que en las turbulencias que sacuden nuestro mundo utilitarista, la Historia como disciplina tiene su propia historia y, si estamos salvando cualquier elemento material de nuestro pasado, ¿por qué no hacerlo también con la disciplina que da sentido a todo ello? En cierto modo, por tanto, y para resumir, nos volveríamos a plantear el sentido de nuestra práctica profesional, de nuestra disciplina y de su valoración social. Como testimonio de nuestra existencia y utilidad mostramos nuestros poderes a la sociedad que nos mantiene pese a las dudas sobre nuestra “utilidad”.

Si nos miramos al ombligo académico, la tendencia a la recuperación de los clásicos es una corriente que en España se ha iniciado al comenzar el nuevo milenio —aunque con honrosas excepciones previas—. Buena muestra de ello son las ediciones lanzadas por la Universidad de Valencia y Zaragoza, que han recuperado en castellano a Halbwach o a Thompson; y también la iniciativa de la Editorial Urgoiti, rescatando los clásicos de la historiografía española. Sólo con el cambio de milenio parece haber surgido en España el interés por el pasado de nuestra propia disciplina, en buena medida como producto del despertar de un conocimiento tal vez excesivamente dependiente de lo que se hacía en otros países e ignorante de nuestros propios aportes. Tampoco hay que caer en la autocomplacencia. No hemos sido un país historiográficamente puntero, pero tal vez estamos en el camino de serlo, una vez que las sucesivas excepciones que nos han sacudido, dejan su lugar a la normalidad que debiera haber sido. Tal vez el problema de la historiografía española, además de su dependencia conceptual y teórica de modelos ajenos, haya sido su debilidad frente a un poder político e ideológico que ha lastrado considerablemente el desarrollo de una historiografía con un significativo potencial. Tal vez la barrera con el milenio precedente sirva para dejar de lado esas rémoras.

En este contexto reaparece esta nueva y muy cuidada edición del clásico francés, suficientemente conocido por quienes de una u otra forma se hayan acercado a la historia de la historiografía. De alguna manera, este libro fue la referencia para varias generaciones de historiadores españoles, por lo que su reedición no hace sino incidir en el proceso de recuperación de los hitos de la propia historiografía española. Tal vez lo más significativo de esta edición sea el buen prólogo de Francisco Sevillano Calero, además de la nueva traducción realizada, con exquisito celo, por Jaime Lorenzo Miralles. Me referiré especialmente al primero, una buena muestra de la nueva actitud hacia la historiografía por parte de los jóvenes historiadores españoles. Nueva actitud, en primer lugar, por la valentía que muestran. Tal vez lo cómodo hubiese sido realizar una faena de aliño con la que incrementar el curriculum. La tentación de contar el contenido del libro mediante su glosa, la realización de una biografía de sus autores o incluso mostrar los logros de la escuela en la que se incluyeron, eran unas opciones legítimas pero escasamente útiles. En vez de eso, el profesor Sevillano Calero revisa los fundamentos sobre los que se apoya la propia esencia del libro editado, sin limitarse a una mera descripción –en lo que no consiste la historia de la historiografía, ni la historia en general- o incluso al encuadre socio-intelectual de las obras o los autores. No significa esto que obras de esas características carezcan de interés. No es tan amplio el panorama como para rechazar aportaciones, y más en un país como el nuestro, en el que carecemos de los instrumentos básicos para poder llevar a cabo la historia de la historiografía. Sin embargo, dado que las carencias en la reflexión sobre la historia son tan importantes, cualquier esfuerzo en este sentido es doblemente agradecido y ello me lleva a insistir en la valentía de este prólogo.

Por ello, la referencia que hace en la página 12 al plantearse las premisas del paradigma positivista, se extiende más allá del ámbito del propio libro y llega a Comte, Durkheim y los inicios de la sociología, distinguiendo los dos tipos de positivismo. En definitiva, como recoge al final de estas páginas, este tipo de reflexiones nos muestra “las cuestiones recurrentes acerca de la naturaleza del conocimiento histórico y del trabajo del historiador” (p. 42), algo fundamental para conocer nuestro lugar en el mundo y probablemente el motivo fundamental para entender el éxito de esta vuelta a nuestros ancestros intelectuales. Por ello es doblemente bienvenida esta iniciativa, primer paso –esperemos- de una intensificación en estas cuestiones.

Charles-Victor Langlois (1863-1929) y Charles Seignobos (1854-1942). El primero es autor, entre otros, de *Le Règne de Philippe III le Hardi* (1887); *Manuel de bibliographie historique* (2 vols., 1896); *Saint Louis, Philippe le Bel, les derniers Capétiens directs: 1226-1328* (3 vols. en la Historia de Francia de E. Lavisse, 1900-1911); *Questions d'histoire et d'enseignement* (1902); *La connaissance de la nature et du monde au moyen âge, d'après quelques écrits français à l'usage des laïcs* (1911). El segundo es autor de: *La méthode historique appliquée aux sciences sociales* (1901); *L'éducation de la démocratie* (1903); *Histoire*

[MyC, 7, 2004, 325-395]

politique de l'Europe contemporaine. Évolutions des partis et des formes politiques, 1814-1896 (1903); *Histoire sincère de la nation française. Essai d'une histoire de l'évolution du peuple français* (1933); *Études de politique et d'histoire* (1934), entre otras.

Francisco Sevillano Calero, profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante, se ha especializado en la historia de España durante la II República y el franquismo: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo* (1998), *Ecos de papel. La opinión de los españoles durante la época de Franco* (2000) y *Exterminio. El terror con Franco* (2004).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Rousso, Henry, *La hantise du passé. Entretien avec Philippe Petit*, París, Textuel, 1998. 143 pp. ISBN: 2909317498.

Avant-propos, pp. 6-10; Mémoire et histoire: la confusion, pp. 11-47; Pour une histoire du temps présent, pp. 49-84; Quel tribunal pour l'histoire?, pp. 85-138; Notes, pp. 139-140; Bibliographie, pp. 141-143.

Caí en este pequeño libro como por casualidad, ligero en apariencia, pero como suele ser habitual cuando el formato es breve, con una considerable enjundia interior. En la siempre activa historiografía francesa, presta a la innovación incluso pese a no serlo tanto, hace ya tiempo que se rompieron las reticencias *annalistes* a la elaboración de teorías de la historia o, al menos, a la reflexión sobre la historia como disciplina, como forma de conocimiento. La reivindicación del análisis teórico de la ciencia de Clío era una petición cada vez más generalizada y ya desde 1989 los propios integrantes de *Annales* la asumieron como una necesidad. El *tournant critique* de ese año implicó una mirada hacia el interior. No fueron, sin embargo, los integrantes de la principal escuela historiográfica francesa del siglo XX los que iniciaron el proceso, sino, tal vez, quienes trataban de recuperar y renovar la historia política preterida por las vanguardias historiográficas desde comienzos del siglo XX. En 1988 aparecía *Pour une histoire politique*, una obra colectiva dirigida por René Rémond, culminación de un proceso de recuperación de lo político para la historia desde los planteamientos renovadores que el propio Rémond iniciara ya en los años cincuenta. Al margen de la *École des Hautes Études* y del entramado institucional y mediático de *Annales*, otras instituciones, generalmente vinculadas a lo que iba a llamarse la Historia inmediata o historia del presente, trataban de plantearse la recuperación de un área que aún tenía mucho que ofrecer: “Tôt ou tard, il était nécessaire qu’une histoire de la politique et de l’évènement, deux traits dominants du siècle, rentrent à nouveau pleinement dans le territoire de l’historien pour répondre aux défis que ce siècle oppose à l’histoire et aux sciences sociales en général” (p. 55). Surgía así un dominio temporal vinculado a la inmediatez y justificado, en palabras de Henry Rousso, como un espacio distinto, pese a la cercanía, de

[MyC, 7, 2004, 325-395]